SE ESTÁN LLEVANDO a nuestros niños y niñas

Escenas de la vida de un líder wounaan

Autoría: **Pilar Lozano**

Inspirado en: **José Paz**

HISTORIAS PENDIENTES: Niñas, niños y adolescentes en el conflicto armado en Colombia

"Se están llevando a nuestros niños y niñas"
Escenas de la vida de un líder wounaan

Autoría:
Pilar Lozano

Inspirado en la historia de José Paz

ISBN:
978-958-52723-3-0

© Coalición contra la vinculación de niños, niñas y jóvenes al conflicto armado en Colombia (COALICO)

“Se están llevando a nuestros niños y niñas”

Escenas de la vida de un líder wounaan

• Inspirado en la historia de José Paz •
Por Pilar Lozano

Escena uno

No pudo evitar llorar. Hombres y mujeres se acercaron y en su idioma, el wounaan, le repitieron, casi como un ruego, que confiaban en él, que no los abandonara. Ocurrió en el momento de la despedida, antes de subir a los buses para emprender el camino de regreso a su tierra, el resguardo Chagpien Tordó, al sur de Chocó, a orillas de un río que corre de norte a sur buscando el Pacífico: el San Juan.

José Paz. los escuchó y repitió su promesa: “No los dejaré solos."

Defender los derechos de su comunidad es una tarea que asumió hace tiempo y aún con más fuerza desde febrero de 2017 cuando muchos abandonaron sus casas y cultivos y buscaron refugio en Buenaventura. Los combates entre el ejército y el ELN —guerrilla que copó espacios que por años fueron de las FARC -EP — no los dejaban vivir.

Una mañana, hace ya mucho, este líder de 42 años, despertó con una decisión: pararse firme, hablar duro, que su voz llegara lejos para que el país se enterara de las infamias que sufrían en lo profundo de las selvas chocoanas los habitantes de su resguardo.

Si busca en la memoria, encuentra que ese interés de luchar por lo propio es algo que le llegó siendo niño escuchando a sus mayores. Creció oyéndolos decir: "Es necesario estar unidos para reclamar derechos".

La madrugada lluviosa del 11 de diciembre de 2020, en plena pandemia, empezó el retorno. De las 254 personas que alcanzaron a estar en el lugar que les sirvió de albergue, regresaron 100; los demás volvieron antes —por su cuenta, y a cuenta gotas — o buscaron dónde vivir, en barrios del puerto, como lo había hecho ya José Paz.

Salieron con sus costales repletos de ropa, ollas y todo lo acumulado durante la larga estadía en el Caiju —Centro de Atención Integral a la Juventud—, una construcción con pinta de escuela: cuatro salones que sirvieron de dormitorios, unos pocos baños insuficientes para tantos y una cancha inmensa donde a diario se reunían para encarar los problemas que no dieron tregua. La cancha se convirtió, desde el primer momento en escenario de reuniones con las organizaciones que llegaron dispuestas a asesorar, a dar consejos y apoyo.

El Caiju es fruto de una donación del Comando Sur de los Estados Unidos como reza en una placa fija en la mitad de un largo corredor. Fue pensada —dicen— para alejar a la población joven de los males de la guerra.

Unos iban felices como si nada pudiera empañar la alegría del reencuentro con lo suyo. Otros no habían podido espantar la angustia acumulada: "Si la violencia sigue me vuelvo para acá", me comentó días antes una mujer mientras recostaba su cabeza y la zozobra contra la puerta del salón que compartió como casa con otras familias.

A su lado jugueteaba un niño de apenas tres años. Nació en el albergue, lejos del imponente San Juan y de las dos quebradas que enmarcan los tres caseríos del resguardo: Chagpien Tordó, Chagpien Medio y Dup Ap Dur. Este último está al pie de una loma grande donde, cuentan los antiguos, "hubo escogencia de personas: los buenos y los malos". El lugar en el que —aseguraban ellos — "empezaba el fin de mundo".

Los caseríos son pequeños pero cada uno tiene su propio gobernador, su propio cabildo, aunque solo uno los representa a todos a nivel nacional: el de Chagpien Medio.

El gobernador de entonces que ostentaba ese cargo en ese momento y era uno de los más apesadumbrados. Tiene unos pocos años más que José Paz y un mechón de canas a un lado de la cabeza. No podía esconder una congoja profunda en su mirada; era tan fuerte que contagiaba. La razón era grande: volvían, sí, pero a una zona plagada de peligros y sin muchas garantías de seguridad. Las noticias de guerra nunca dejaron de llegar: apenas un mes antes, en noviembre, hubo enfrentamientos.

Y cargaba otro pesar inmenso: no haber terminado una canción, una especie de himno para acompañar el retorno. Quería emular a una comunidad afro vecina y también desplazada que alegró la vuelta a su vida con tambores y cantos; fue su manera de borrar, en parte, todo lo que padecieron en una ciudad ajena.

La noche anterior al regreso la pasaron en vela. José Paz los acompañó. Amanecieron en claro imaginando que lo dejado allá, abandonado, debía estar perdido entre maleza y rastrojo. Un ritual también les espantó el sueño. En uno de los salones-dormitorios la jaibaná — los wounaan permiten a las mujeres desempeñar este rol—, colocó una cortina en el piso y sobre ella cerveza, ron, vino, hierbas, gaseosa... Oró y cantó horas y horas y ofreció bebidas a cada uno, chicos y grandes, para darles el poder de volver sanos. "Solo ella sabe lo que significa su canto", me explicó José Paz.

Este líder wounaan, que lleva en brazos y manos señales de largas faenas en ríos, selvas y montañas, hubiera deseado volver con ellos. ¿Pero cómo? La pregunta se la hace él mismo y se la formulan quienes conocen su historia. La respuesta es una sola: las amenazas lo mantienen acorralado.

Chagpien Tordó es una de las 24 comunidades indígenas del joven municipio de El Litoral del San Juan, el más al sur de Chocó. Allí viven también 30 comunidades negras.

Y como está bañado por el río San Juan que desemboca —en su jurisdicción— en el Pacífico formando un ramillete de siete brazos —el más al sur le sirve de límite con Buenaventura—, todo tipo de grupos ilegales llevan años disputándose el control del municipio. El delta es un verdadero laberinto. Trescientos kilómetros cuadrados, repletos de esteros, manglares, islas, ríos y quebradas. Por ahí sale cocaína, oro... entran armas y toda clase de contrabando.

Los Elenos no fueron los únicos con ganas de aprovechar y mover sus fichas tras la salida de las FARC-EP. Hubo ajustes en los pactos y alianzas de los grupos nacidos después del desarme paramilitar. Estos, en medio de una guerra interminable, se unen, se pelean, cambian de nombre... Las disidencias de las FARC también llegaron a disputar un espacio y una tajada del botín.

Hoy las poblaciones que crecieron a lado y lado del San Juan cuando este corre de manera vertical de norte a sur, quedaron a merced de los Elenos. Los ubicados en el trayecto horizontal —en Munguidó las aguas dan un giro brusco para buscar el mar—, en manos de los nuevos paramilitares.

En 2017 el mayor número de desplazamientos en todo el país se dio en El Litoral del San Juan. Dejaron tierra, sembrados y animales las comunidades negras de Carra y Cabecera, los pobladores de Chagpien Tordó.

Escena dos

Un día, a comienzos de 2017, tras un nuevo enfrentamiento entre ejército y guerrilla, un grupo de habitantes del resguardo —entre ellos José Paz— lo tuvo claro:

—¿Hasta cuándo vamos a estar aguantando en este cruce de tiros que siempre mantienen hacia nosotros...? ¡Aquí no nos van a atender a nosotros!

Propusieron abandonar la tierra. Pocos los secundaron.

Llevaban días atormentados por muchas inquietudes: bombardean nuestro territorio, reclutan nuestros niños, fumigan y acaban nuestros cultivos. Todo está pasando aquí y no hay ni una persona hablando del tema. Si hablamos nos amenazan; si nos quedamos callados, también. Querían protección; no confiaban en nadie. Habían alertado a la Defensoría del Pueblo: "El pueblo wounaan está en riesgo", no hubo respuesta. Por entonces José Paz era segundo gobernador de Chagpien Medio. No era la primera vez que tenía un puesto de autoridad.

Poco después, sin más consultas, estas mismas personas anunciaron :

—Nos vamos a desplazar.

Plantear esta posibilidad era ponerse en la mira de los armados: siempre han desconfiado de los que se alejan, los tildan de informantes. Sin embargo, muchos se unieron al plan. “Así fue como ocurrió", dicen ellos al repasar el momento.

Las negociaciones de paz con las FARC-EP - 2016- habían dado un respiro a la zona. Pensaron que mermaría la guerra. No fue así. Los fusiles solo estuvieron poco tiempo adormecidos. Los Elenos habían advertido que coparían el espacio que dejaran los que apostaron a la paz. Lo hicieron. Y el Estado no cumplió la promesa de proteger las zonas liberadas.

No olvidan el momento en que las FARC-EP, siguiendo los primeros pasos de los acuerdos, bajaron de una loma donde tenían su campamento para agruparse en las zonas veredales. El ELN empezó a rafaguiar al ejército que los escoltaba pues el Gobierno mandó un avión a cubrirles la marcha desde el aire. "Eso era: ru-uuu..., el hostigamiento hacia el frente de nosotros; quedamos en cruce de balas".

De nada valieron los ruegos de la comunidad: “No hagan su hostigamiento ahí. Ustedes saben que los perjudicados somos los civiles". Pero ellos no hacían caso, no respetaban, no escuchaban.

Los bombardeos son una de las cosas más duras que les ha tocado vivir. "Estar durmiendo con la familia y que nos despierten esos ruidos por todos lados como que estuvieran lanzando bombas encima. Porque el sobrevuelo pasa lejos, pero al voltear el avión siempre queda encima", cuentan.

Los wounnan, como todos los pueblos indígenas, aprenden desde pequeños el amor a la madre tierra, fuente de toda riqueza y alimento. El territorio, para ellos, entonces, es intocable. Cada bombazo lo sienten como si arrancaran un pedazo a la madre. "Esto —afirman dolidos— afecta nuestra chimina, nuestro espíritu".

Una vez se sintió tan cerca que la gente gritaba: "¡Ya llegó la muerte a todos! Dorita, esposa de José Paz, alertó esa vez angustiada: "Si ya bombardearon acá abajo—Chagpien Tordó— ya va a tocar a nosotros —Chagpien Medio —."

Los controles aumentaron. En cada caserío un vigía registraba los pasos, las palabras de sus habitantes. Un movimiento sospechoso, una frase mal interpretada era motivo suficiente para desaparecer a una persona.

Se intensificaron también las restricciones para moverse en medio de un territorio húmedo, bañado de aguaceros: prohibido navegar después de las seis de la tarde, multas a quien se atreviera a llevar la contraria. Duro para hombres, mujeres y niños acostumbrados a no tener límites en el ir y venir por ríos, quebradas y montes.

—Todo eso lo aguantábamos—, cuenta con un poco de rabia en la voz, José Paz.

Para los jaibanás la situación se hizo insostenible. Les daba temor ir por ahí recogiendo las plantas que curan males del cuerpo y del alma. Estos trabajadores espirituales previenen peligros, arreglan y sanean el territorio. Desde hace un tiempo, algunos cabildos, para no dejar quebrar el pensamiento propio, decidieron dar una bonificación a estos sabios a cambio de compartir sus conocimientos.

—¿La medicina tradicional es útil para frenar la guerra? —, pregunté una tarde a José Paz.

Reflexionó un momento y respondió en ese español no perfecto que maneja; siempre le falta o le sobra una letra, una palabra. Su lengua materna tiene seis vocales, los artículos no existen, los verbos no tienen tiempo ni modo. Para formar el pasado los wounaan agregan a la frase la palabra ayer y para el futuro mañana. El wounaan es uno de los sesenta y cinco idiomas indígenas de Colombia; lo hablan tan pocos que está en peligro de desaparecer. "Una lengua que se pierde, es un mundo que se pierde", me había dicho previamente este líder. "Se borra la identidad cultural".

—No es que la pueda detener —responde a la pregunta —. Si el jaibaná siente que esos grupos vienen a hacerle daño, va por toda parte con su matecito regando su medicina y rezando. Sí, ha servido. Entran, pero se van calmando, como que se les pierde la rabia...

La lista de razones que los llevaron a cansarse de guardar silencio la han repetido varios líderes, desde que llegaron a Buenaventura, frente a funcionarios de entidades oficiales y no oficiales. José Paz lo ha hecho. Cuenta esa historia desde la dignidad, como lo hizo una vez en una obra de teatro para conmemorar El día del Refugiado. Era junio de 2019; habló, sin quiebres de voz llamando a la lástima, sobre lo que significaba para los suyos abandonar la tierra.

Y ahí, frente a todos los asistentes, volvió a denunciar en voz alta: "Los armados se están llevando a nuestros hijos ". Es una verdad en la que insiste: las filas de los grupos ilegales se nutren de la falta de oportunidades para niños, niñas y jóvenes. "Puso el dedo en la llaga", asegura una funcionaria de un organismo internacional que trabajaba en el puerto.

Es una realidad denunciada por varias organizaciones desde hace años pero que, en la zona, solo hasta hace muy poco, se dejó de mencionar en voz baja. A comienzos de 2021 el obispo de Itsmina, Darío Álvarez, secundado por otros altos prelados de la zona, alarmados por la situación en todo Chocó hicieron este llamado: “El reclutamiento de niños, niñas y adolescentes entra en la línea dolorosamente constatable de lo normal en nuestras comunidades tan abandonadas, tan sin gobierno". Este departamento tiene uno de los mayores registros de menores de edad de comunidades indígenas en filas de los armados.

Escena tres

Ventiocho familias de ChagpienTordó empacaron lo que pudieron el 20 de febrero de 2017 y partieron río abajo. Otras treinta y dos las imitaron un mes después. Dejaron sus casas de tabla y techo de zinc montadas sobre estacas, para resguardarse, en cada invierno, de las salidas de cauce del río. Navegaron tres horas hasta llegar a Bajo Calima, un pueblo afro a orillas del río Calima, poco antes de que este entregue sus aguas al San Juan.

De ahí, por tierra, siguieron su camino. Entre ellos venían tres jóvenes que hacía poco habían llegado a la comunidad huyendo del ELN; un joven de 17 años, dos niñas de 13. No querían regresar a las filas; la estaban pasando mal, pidieron ayuda. Les ofrecieron protección a sabiendas de que hacerlo, a los ojos de los armados, es una falta grave que se paga.

Los desplazados llegaron a Buenaventura cargados de temores y preguntas propias de quien busca refugio en zona desconocida: ¿A quién acudo? ¿Qué vamos a hacer? ¿De qué vamos a vivir? Pasaron unos días en el Coliseo; luego los trasladaron a Caiju.

Los sufrimientos aparecieron uno tras otro: la falta de agua —el acueducto de Buenaventura no funciona jamás un día de corrido— y ellos, los wuonaan, son gente de agua; el acomodarse en espacios de cemento y cercar a los niños con todo tipo de prohibiciones: no corran; cuidado se asoman a unas calles peligrosas repletas de motos, carros y hombres armados; la tuberculosis que atacó a muchos, la 'enfermedad espiritual´ que golpeó a otros y los obligó a acudir al jaibaná para equilibrar las energías del lugar; las amenazas, los insultos —los llamaron cochinos, mentirosos—, todo eso soportaron más de tres largos años.

Y difícil también compartir con varias familias un solo espacio, un solo ventilador que "aunque mantuviera soplando, no mitigaba el calor ni la zancudiza que había". Y las noches de lluvia cuando venía "el relámpago y entraba con viento y se mojaba todo y sentíamos que se iba a destechar esto", recuerda José Paz.

Extrañaban también su alimento: en el resguardo pescaban cuando querían pescado; iban al monte cuando deseaban frutas: guama, caimito, madroño, o a chupar caña, "la miel de nosotros". En Caiju a veces, a las 11 y media de la mañana, ni siquiera habían desayunado.

Los hombres empezaron a trabajar en lo que fuera: cargueros, zapateros... Las mujeres salían a conseguir leña para alimentar los fogones de las cocinas que improvisaron con palos en los lugares abiertos del albergue. Algunas se cortaron el cabello y lo vendieron. Al poco tiempo levantaron huertas y sembraron plantas que hacen parte de su dieta como papa china, una mata no tan alta de hojas grandes verdes grisáceas. El día del regreso llevaban en costales las semillas de esta planta que encuentran ahí, a la mano, en la selva. ¡Después de tanto tiempo lejos no sabían si la iban a encontrar!

A todos estos males de los primeros días, a José Paz se le sumó la enfermedad de su mujer. Tuvieron que viajar los dos a Medellín y dejar a los niños —la pequeña de solo cuatro meses— al cuidado de un tío. Un mes estuvieron fuera. Su madre Ilia murió en esos días.

Pensaban que la estadía en Buenaventura duraría unos seis meses, por mucho un año. Pero se fue alargando, los auxilios disminuyeron y las quejas aumentaron: "Ya estoy azarado"; "Ya estoy aburrido"; "¿Cuándo vamos a regresar?" La Alcaldía tenía siempre una disculpa: estaba desbordada su capacidad de ayuda.

Escena cuatro

José Paz tenía unos cinco años cuando vio por primera vez a la guerrilla. La casa era grande y el papá los encerró a él y a los hermanos en un cuarto detrás la de cocina. Los pudo ver a través de un pequeño orificio. Sintió temor, imaginaba que podían hacerle algo malo a su padre. "Me dio miedo, ¿a qué hora vienen a matar a nosotros?" Pero los armados solo buscaban orientación para encontrar la salida al mar.

A los ocho, nueve años, conoció a otro grupo insurgente. "Pasaban en lanchas, se veían negras por la cantidad de armas que cargaban. Desembarcaban y cogían, sin mediar consulta, lo que querían de nuestras casas. Los viejos repetían que debían respetar a la comunidad, que no se podían quedar, que no era posible compartir con ellos", rememora este hombre que, al hablar, combina voz y gestos tiernos, casi infantiles, con otros duros de persona que no acepta las injusticias.

Los grupos paramilitares entraron desde finales del siglo pasado a la zona, pero jamás se han instalado en el resguardo; lo han hecho en distintos puntos, río arriba y río abajo, "se mueven por todo lado, si van al caserío es de civil, no sabe uno..."

Los desplazamientos, los bombardeos, las amenazas, los reclutamientos de menores de edad, las minas antipersona y los confinamientos han sido, desde hace mucho, parte del día a día de los habitantes de Chagpien Tordó, de todos los wounaan, y de Chocó entero; un departamento desde siempre olvidado y habitando básicamente por poblaciones que pareciera a nadie importan: indígenas y afros.

Esta misma lista de atrocidades la denunciaron a comienzos de 2021 los obispos de Chocó y el del Urabá antioqueño en un comunicado en el que no dudan en señalar sus jurisdicciones como escenarios "de terror".

Los wounaan son una comunidad pequeña, no pasan de las 10 mil personas. La mayoría viven en Chocó, otros, pocos, al norte del Valle del Cauca. Hoy les es difícil permanecer en unas selvas que lograron mantener fuera del control español durante la conquista. En agosto de 2009, el Auto 004 de la Corte Constitucional los incluyó en la lista de los 34 pueblos en riesgo de desaparecer física y culturalmente por culpa del conflicto armado y ordenó al Gobierno elaborar un plan de garantías para ellos.

Hubo reuniones, asambleas con miras a construir su plan de salvaguarda. En los documentos resultado de largas reflexiones sobre su realidad, se agregaron otros factores que los han llevado a sentirse extraños en su tierra y ajenos al resto de Colombia: los megaproyectos económicos (Chocó es uno de los lugares más ricos en biodiversidad del mundo entero); un Estado que se hace sentir solo con la presencia creciente del ejército...

Pero también, desde entonces, han nacido y desaparecido organizaciones. Dividir es para los poderosos garantía de seguir reinando. Las comunidades wounaan están tan fracturadas que resulta imposible lograr acuerdos sobre lo fundamental. Sueñan con una organización sólida, "Buscar la unidad: la fuerza se pierde cuando uno se divide", dice enfático José Paz.

En ocasiones por su trabajo le ha llovido más de una crítica a este líder. Quienes lo conocen y lo han visto en Buenaventura corriendo de acá para allá buscando soluciones para sus hermanos, niegan que este hecho demerite su labor. Y tienen más de un argumento para afirmarlo:

"Me gusta su transparencia, su fortaleza; se hace respetar, es un hombre íntegro", asegura una funcionaria de una entidad que trabaja por la población desplazada. Lo conoció en Caiju, lo vio crecer día a día. Al comienzo le costaba el español, le costaba expresar de manera precisa sus reclamos y saber ante qué entidad elevar sus quejas. Muy pronto aprendió: "Tiende puentes, defiende su cultura, su territorio, no se deja humillar; exige un trato de igual a igual para los wounaan", agrega . Y comparte una anécdota:

En una reunión planeada durante meses, con el delegado de etnias de la Procuraduría, se paró frente al funcionario que llegó con varias horas de retraso y lo acusó de irrespetar a su comunidad, de maltratarla. Era una cita especial vista como última esperanza para ventilar sus preocupaciones. El funcionario no solo llegó tarde; quiso aprovechar el momento y convocó a todos los que tenían una queja, una petición pendiente para plantearle.

Ahora José Paz se mueve como pez en el agua en todos los entramados burocráticos, conoce muy bien a dónde acudir .“Tocó aprender, buscar asesoría para saber lo que decía. Hoy en día entiendo más la palabra que hablo. Soy escuchado. Me gusta bastante".

Los halagos de quienes han visto su proceso que empezó como un hombre tímido, son muchos. “Le tocó asumir su papel de líder y lo ha hecho muy bien. Es admirable. ¿Lo más importante?: es abierto, escucha, siempre está dispuesto a aprender“. Algunos no dudan en calificarlo como todo un “abogado empírico".

Es capaz de sentarse solo a redactar un derecho de petición. Y es capaz de pararse frente a la comunidad con un discurso claro de “nosotros podemos", para animarlos a salir adelante con proyectos que les posibiliten una vida digna. Apoyó ideas para reforzar lo propio y garantizar ingresos con sus artesanías y dijo de inmediato sí a las huertas como alternativa para asegurar alimento en la larga estadía fuera de casa.

Y fue él quien estuvo al frente de la cadena humana que ayudó a defender comercios cercanos al albergue de los saqueos de los avivatos que trataron de aprovechar en río revuelto un día del largo paro cívico de 2017 —motivado por causas más que justas— que paralizó a Buenaventura por 22 días.

Escena cinco

Un año alcanzó a estar José Paz en Caiju, lo sacaron las amenazas. Acudió a la Unidad Nacional de Protección para reubicarse. Se instaló con su familia en un barrio de la periferia, fuera de la isla donde creció el centro y el puerto de Buenaventura.

La casa es pequeña. Con un costal armó una especie de hamaca y la colgó de las vigas. Es su particular archivo; ahí acumula los documentos que dan testimonio de sus ya largas luchas. Para él no es extraño hablar de derechos de petición, registros, tutelas, comunicados...

Su vida no es fácil; a este distrito lo envuelve la misma guerra que vive todo el Litoral Pacífico. A comienzos de 2021 se volvieron a escuchar reclamos que no han tenido remedio en años: hay barrios donde patrullan hombres con armas de largo alcance; circulan, sin mayor control, lanzagranadas y subametralladoras. Los niños y jóvenes son presa fácil del reclutamiento porque —como lo repite el personero municipal— la oferta de oportunidades "es mayor por parte de la delincuencia organizada que por parte del Estado".

Una guerra eterna por el manejo del microtráfico, el narcotráfico y la extorsión, una guerra que también —como lo señaló el padre Francisco de Roux, presidente de la Comisión de la Verdad— sirve de parapeto para abrir paso a grandes proyectos económicos que se planean en el litoral. El Estado responde con envío de más tropa, mientras la comunidad reclama inversión social.

Por semanas José Paz no se atrevió a salir de su casa. Tuvo que bajarle el ritmo a su batalla por lograr garantías para los que ya volvieron al resguardo y para los que, como él, no han podido retornar.

Colgadas de las cuerdas, donde tienden la ropa, hay manojos de cintas de fibra de werregue, una palma que crece muy alta, silvestre, en el monte. Solo se puede cortar con un tipo de azadón llamado media luna. Para que dure bastante, el corte debe hacerse en menguante. Es trabajo de hombres; tejer labor de mujeres. Así ha sido desde siempre, una herencia de los ancestros. Antes de pintarla —negro, rojo, naranja— José Paz la encostala y la pone sobre vigas cerca al techo de zinc para protegerla del sol, para que las ratas "no le hagan daño".

Junto a la ventana que da a la calle, donde hay más luz, Dorita, la esposa, se sienta a tejer. Las hijas de cuatro y nueve años siguen atentas el movimiento armonioso de las manos de su madre. Aprenden y tratan de imitarla. Ya son capaces de hacer unos rollitos de iraca que sirven de soporte a bellos y sólidos jarrones, aretes, bandejas...

José Paz vio en este oficio la opción perfecta para enfrentar la falta de trabajo. Con la asesoría de la Organización Mundial de Alimentos (OMA), motivó a las mujeres a hacerlo; él se encarga de comercializar lo producido.

"La ayuda humanitaria luego de unos meses se hace insostenible y a través de José logramos construir esta alternativa económica", me contó una mujer de la OMA.

Fue un proceso interesante. Las mujeres wounaan son especialmente tímidas y muchas no manejan el español. José Paz hizo de puente entre ellas y las ideas propuestas por esta organización: usar nuevos colores y diseños. Hoy, a través de plataformas, esta artesanía llega a varios países y da ingresos a algunas familias.

Lo mejor: ellas se preparan para asumir completamente este proyecto. "No las puedo acompañar siempre", les dice José Paz y las motiva a organizarse, a generar sus propios liderazgos.

El día se le va a José Paz en reuniones de un lado para otro: que si en la alcaldía, que si en la Unidad de Víctimas, que si en las oficinas del ACNUR (Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados)... Media hora demora en ir de su casa al centro. Viaja siempre atento. No puede andar libre por los barrios, Buenaventura es una ciudad fragmentada: en un lugar manda un grupo, a partir de cierta calle, el contrario.

Con la pandemia y el confinamiento su rutina cambió:

—¡Este aparato se recalienta de todos los mensajes y tareas que llegan!— cuenta mientras hace esfuerzos para contener una carcajada. Y muestra el celular; se lo regalaron durante una de la muchas capacitaciones a las que ha asistido. No se pierde ninguna. "Mi conocimiento avanza con la lucha de la comunidad", es una de las frases muletilla.

El móvil se convirtió en receptor de tareas de kinder, tercero, octavo —de sus hijos— y las suyas de noveno grado. Y a esto se mezclaban los correos por sus obligaciones de líder, el manejo de grupos organizativos, los pedidos de artesanías que no paran.

Muchas veces, ante tanto enredo, hacía una pausa, se rascaba la cabeza mientras se preguntaba: ¿Qué hago? Pero lo animaban los mensajes de los profesores. Unos felicitándolo por estar siempre al lado de sus hijos; otros, enviándole palmadas virtuales en la espalda: "Usted, a pesar de las dificultades, es puntual con sus tareas; siga adelante..."

Cuando termine el bachillerato —estudia los fines de semana—quiere ser abogado especialista en derechos humanos.

Nada, ni la llegada al resguardo de ´La creencia´, cuando él era un niño, ha logrado cortar su deseo de estudiar. Y 'La creencia' es la Iglesia Pentecostal que se instaló con sus ideas apocalípticas sobre el fin del mundo y embaucó a los mayores de la comunidad, los enredó. A los niños y jóvenes les truncó los estudios, les cambió la vida. José Paz tuvo que dejar la escuela en tercero de primaria. Si el mundo se iba a acabar pronto, ¿para qué estudiar?

Además lo casaron a la brava a los 13 años con una niña de su misma edad. "Me dijeron: "Usted se va al infierno si no se casa". Y yo pues no sabía nada y me asustaba..."

En las tardes quietas de Buenaventura José Paz y Dorita observan a sus hijos, se miran a los ojos y piensan: "Todo esto fue obligado". Entonces sueltan una sonrisa producto de casi 30 años de complicidad.

De una manera bella él explica qué lo motivó —desde el mismo momento en que `La creencia´ lo alejó de la escuela— a continuar como fuera con su educación: "Si yo no estudio, no sé nada, no sé la vocal. Pues más o menos sé apuntar mi nombre... ¡Voy a estudiar!" A los 17 terminó quinto de primaria; a los 25 empezó el bachillerato.

Escena seis

Macizo es tal vez la palabra que mejor lo describe. Sus manos, su cuerpo son recios y compactos; sus ojos se ven pequeños en su cara ancha, de pómulos anchos. Sentado uno lo imagina mucho más alto de lo que en verdad es. Desde niño, al lado de su padre, se formó como wounaan.

A los dos años lo lanzó al río para que balseara, para que fuera "como la tortuga que desde chiquita sabe nadar". Y le enseñó la manera de coger el canalete para bogar. Con él aprendió a silbar de la manera que sirve para que "el animal llegue donde está uno" en tiempos de caza. Atrapaban guatín, guagua, tatabro, zaino...

Y con él fue por primera vez a una tala de madera. Tenía 12 años. Arcenio, el papá, quedó aprisionado bajo una troza que arrastraban hacia el río. "Era una madera de veinte pulgadas, ¿de dónde saqué fuerza para moverla?". Aún no lo sabe con certeza. Escarbó en la tierra hasta que, al final, con una macana de dos metros, logró alzar la troza y liberarlo. Lo salvó.

Y también, siguiéndole los pasos, aprendió a sumar y a multiplicar pasando de un lado a otro granos de maíz. Su padre no era una persona estudiada, pero sabía multiplicar pues no quería que lo engañaran con las cuentas cuando tuvo una tienda.

Para que esta cadena de saberes que viene de muy atrás no se rompa, comparte con sus hijos las historias de antes, cuando no había caseríos en la selva. Las narra como él las escuchó de su papá y de su abuelo.

Así es la historia que le contaron y él repite:

Su abuelo Oscar y don Abelardo Chibirico crearon la comunidad. Un pensamiento los guio :"Si estamos dispersos no vamos a estar reconocidos". Eran tiempos en los que cada familia vivía a orillas de su quebrada. Abelardo, un anciano, la levantó al lado de Chimirre. El abuelo Oscar, frente de la cabecera del Copomá. Allí nació su mamá. José Paz fue el sexto de los hijos. Los mayores murieron uno tras otro. Pensaron que era una maldición. Llamaron a la tía Juliana para que se hiciera cargo de él, para regalarlo.

—Si vemos que nuestros niños se mueren, entonces toca entregarlo a cualquier persona para que lo críe— le explicaron sus papás cuando le revelaron este episodio de su infancia.

Pero la tía lo miró y opinó:

—Este niño no se va a morir; dejemos que crezca un poquito pa' yo recogerlo. José Paz tenía tres años; jamás se fue.

—Entonces, pues así ya me jovencié—, continúa, repasando sus primeros años.

Sabe con precisión cómo fueron esas reuniones para hacer comunidad. El abuelo y Abelardo pasaban días enteros hablando sentados cada uno en su silla de palo, tan bajitas que quedaban casi a ras del suelo. Los dos usaban guayuco.

En esos tiempos, le contaron, los viejos vivían felices. "Tenían mansión de casa y ahí todo lo que necesitaban". Eran de paja de chonta, abiertas al viento, horcones de guayacán y estaban amarradas con bejuco; las camas también eran de palma de chonta. Después de las charlas, ya en la noche, iban a pescar o a cazar.

Un día Abelardo dijo:

—Unámonos; pero tiene que ser en Chimirre.

El abuelo replicó:

—Pero si entramos allá nos queda duro para hacer gestión porque es una quebrada lejos.

Pero la hicieron en ese sitio porque había buen terreno para levantar las viviendas. Entonces la gente llegó en canoas con todas sus pertenencias e iniciaron la rocería para hacer limpieza. De todo este proceso, lamenta hoy José Paz, no hay registro escrito; nadie sabe la fecha de cuándo ocurrió: "Como los viejos no apuntaban porque no sabían ni letra, ni eran estudiados..."

Tejieron chinchorros y pescaron en largas jornadas de sol a sol. Ahumaron y salaron el pescado y lo acomodaron en canoas al lado de racimos de plátano. A canalete, ayudados con una macana larga para empujar —porque al fondo de quebradas y ríos hay pura piedra—navegaron hasta Itsmina, el municipio al que en ese momento pertenecían. Horas y horas de viaje para vender sus productos y hablar frente a frente con el alcalde.

Conformaron el Cabildo, construyeron la escuela, contrataron a Urpiano, como profesor. Solo tenía quinto primaria, pero les enseñó las vocales. Que niños, niñas y jóvenes aprendieran a escribir fue una obsesión para los mayores. "Si no apuntamos nuestras cosas van a hacer con nosotros lo que les dé la gana", era el decir de estos viejos sabios.

Cuando nació José Paz ya existía el caserío.

El abuelo aún vivía. Le alcanzó el tiempo para decirle muchas veces: "Necesitamos que todo lo que sabemos usted aprenda. Porque más adelante no sabemos cómo vamos a estar". Le hablaba del respeto a la madre tierra y de Maach Aai, el creador del mundo de los wounaan. Según sus creencias, el origen de todo ocurrió en una laguna y era un espíritu que se movía como el mar. A medida que iba rotando tomaba su forma. Desde entonces, con su poder, hizo la tierra para caminar. Esta se formó del mar y las olas quedaron como las montañas.

El abuelo también aconsejaba: "No hay que hacer maldad. Si hoy cometimos un error, mañana no lo repetimos". José Paz lo escuchaba en silencio, acurrucado en un rincón de la casa. "Todo eso lo enseñaba a uno". Sabe que seguir sembrando el pensamiento ancestral les dará fuerza para protegerse de los agresores.

Hoy, cuando habla con sus hijos, agrega episodios de su vida al relato.

A los trece años votó por primera vez para elegir a los miembros del Cabildo y al gobernador. Desde esa edad los niños wounaan tienen este derecho. El Cabildo lo forman 12 personas. Hay nuevo gobernador cada año. Se reúnen en una casa grande, un día de diciembre, y hacen el balance: ¿Qué hizo para la comunidad?, ¿Aportó o no aportó? Si es positivo lo reeligen. Si no, escogen uno nuevo entre los nombres apuntados en un tablero.

Votó y se agigantó su interés por los asuntos de su pueblo. "A los viejos les gustaba que estuviera allí al tanto, al pendiente, pues decían: "Este muchacho va a ser buen líder..." Fue creciendo y un día lo nombraron miembro del Cabildo. Le enseñaron cómo hablar ante los otros: "Así sea que usted no pueda hablar español, pero hable en la lengua de los wuanaan que su palabra nosotros la transmitimos".

Fue varias veces miembro de esta corporación. Su preocupación principal fue alargar la educación, pues solo tenían hasta quinto de primaria. Hoy ya cuentan con profesores para que los muchachos terminen noveno.

Una tarde le llegó un rumor: "A usted, cualquier momento, lo vamos a lanzar a gobernador"; eran muchos ya los que lo apoyaban. Y ocurrió por primera vez en el 2010, tenía 32 años.

Escena siete

José Paz se paró ahí, frente al río Calima —tan ancho como tres calles—, cruzó los brazos y le resultó imposible contener las lágrimas mientras veía cómo la canoa se alejaba río arriba. Fue un llanto silencioso, de respeto, como si no deseara opacar el llanto de una madre —ese sí sonoro, desgarrador— que viajaba en la canoa larga y estrecha llevando de regreso a la comunidad el cuerpo sin vida de su hija Patricia de 16 años. Era un día de abril de 2018.

Wilmar trabaja en COALICO —una plataforma que vela por que a niños, niñas y jóvenes no los arrastre la guerra— estaba con él allí, en Bajo Calima. Lo conmovió tanto el momento que grabó cada una de las imágenes como si fuera una película.

Habían llegado desde Buenaventura momentos antes. Adelante, la carroza mortuoria sin cintas ni nombres, detrás ellos: la madre, una sicóloga, José Paz, Víctor—conductor del taxi— y Wilmar. Los hombres bajaron el féretro, lo acomodaron en la canoa junto a dos racimos de plátano.

Eran las 11 de la mañana, las nubes no dejaban ver el azul del cielo. Acababa de llover, el verde de la selva al otro lado del río era más vivo, más intenso, recuerda Wilmar. Y tiene presente la imagen de un José Paz doblegado. No era el de siempre, en su cara no estaba marcado ese gesto de determinación tan de él. No era el José Paz de cuerpo y palabras erguidas, dignas. Estaba quebrado. El reclutamiento de niñas, niños y jóvenes lo conmueve profundamente.

La canoa se alejó como un hilo largo sobre el río.

"Los armados creen que la revolución se hace dándole un fusil a los niños, aseguraron, no hace mucho, líderes de la zona a un periodista de El Espectador. Y denunciaron también que el Ejército quería utilizar a los más pequeños como informantes. Algunos se han plantado frente a los soldados y oficiales y les han soltado, de frente, una pregunta:

—¿Quiénes pierden si aceptamos lo que piden? Si lo hacemos vienen los guerrilleros encima a acabar con la familia. No lo permitimos.

Este reclutamiento de menores de edad lo ven los obispos de la región como el resultado "del abandono del Estado, la corrupción por parte de administradores regionales y la acción delincuencial de los diferentes grupos armados". Así lo expresaron en sus comunicados y entrevistas a comienzos del segundo año de pandemia.

—¿Por qué este afán de visibilizar este problema?, le pregunté a José Paz una tarde que charlamos en el malecón de Buenaventura. Su respuesta fue contundente:

—No me gusta que mis hijos pasen eso.

Una razón poderosa para tenerlo en su agenda desde hace años.

En 2016 —siendo gobernador de Chagpien Medio— radicó en la oficina del Defensor del Pueblo, regional Chocó, en Quibdó, una carta donde denunciaba que el reclutamiento de niños, niñas y jóvenes era una práctica que los grupos guerrilleros realizaban de manera sistemática en su resguardo desde 2004.

En el texto registró los nombres de dieciséis jóvenes: diez rescatados por la autoridad tradicional, tres que continuaban en ese momento en campamentos, dos niñas — Conquista y Norelía— muertas en un bombardeo el 24 de marzo de 2011 y una más muerta cuando intentaba escapar. Y pedía, para proteger a la población más joven de su resguardo, programas que los alejaran de la guerra. No hubo respuesta.

Patricia era de su familia. La había acompañado en su agonía desde que llegó destruida por una bomba que cayó en una casa de trabajo donde se refugiaban los insurgentes. Casi dos años alcanzó a estar de fusil, morral y camuflado por las tierras llenas de recovecos de El Litoral del San Juan. El bombardeo quemó muchas casas de la comunidad; algunos proyectiles cayeron al río; hubo mortandad de peces. En ese momento los desplazados en Buenaventura estaban diseñando un plan para retornar a Chagpien Tordó. El sueño de regreso se desbarató.

Unos compañeros llevaron a Patricia hasta Palestina, río abajo, pero en el puesto de salud no había cómo atenderla. Siguieron a Docordó, la cabecera municipal, a orillas de uno de los siete brazos del San Juan. Pero antes que ellos llegó al caserío la noticia de los heridos dejados por la acción militar. Los esperaban. El Ejército la trasladó, en helicóptero, hasta Buenaventura. La joven traía el cuerpo lleno de heridas; le tuvieron que amputar los brazos.

La mamá no sabía cómo reclamar, estaba asustada. Temía que la señalaran de guerrillera. Llamó a José Paz. "Como líder, siempre he estado ahí para luchar por las personas que no saben, para guiarlos". Tocó las puertas de la Defensoría del Pueblo, del ACNUR, de la Cruz Roja... Esta última alcanzó a prometer prótesis para reemplazar los brazos perdidos. Todos se apersonaron del caso. Pero Patricia murió, poco después, por un falla respiratoria. Y empezó un nuevo calvario para que entregaran el cuerpo.

Redactaron documentos y fue un largo proceso. La madre alcanzó a llevar a su hija a su tierra, pero no la pudo despedir en medio de las rogativas, cantos esenciales donde se repiten palabras como guaindaimpá, kutaindaimajú, magú... para que las almas de los difuntos "vayan en buen camino"; así manda la tradición wuanaan. El cuerpo, descompuesto, no permitió realizar el rito. Mes y medio después la madre falleció.

La comunidad tiene registradas en su memoria varias historias semejantes: las dos niñas que apenas llevaban unos meses como combatientes, muertas en 2011. José Emilson, el joven que aprovechó el momento de prestar guardia para volarse río abajo. Pasó la noche escondido detrás de una casa. "Siguió en un potrillo, no bogaba, venía rodando. Motor que escuchaba, volteaba la canoa y se mantenía bajo el agua". A las tres de la mañana llegó a su casa. La madre oyó ruidos extraños. ¿Quién será? Prendió la lámpara de ACPM y vio a su hijo; venía todo empapado. Lo llevaron a otra casa y a las volandas y, en sigilo, lo despacharon rumbo a Cali.

Y otro adolescente al que le aconsejaban los mayores: "Ese grupo para nosotros no es garantía sino perder; no vamos a estar en ese grupo, ni en ningún otro". Lo habían invitado a trabajar por la comunidad. Cuando se dieron cuenta de que se había ido, muchos, incluida la abuela que no paraba de llorar, corrieron a buscarlo. No lo alcanzaron, iba lejos. No pudieron hacer nada; "así quedó".

Aún hoy se preguntan, ¿qué pasó?, ¿en cuál de todas las trampas que usan los armados para reclutar cayó? Y citan algunas: los atraen con oferta de dinero, con promesas de amor, "tienen muchachas bien bonitas y también jovencitos para enamorar a las niñas". Y las armas: "se antojan al ver al otro bien enfusilado, quieren manejar armamento".

Los wounaan —como lo hacen los nasa de las montañas de Cauca— van a reclamar a lo armados por sus hijos. Indagan con los que pasan enfierrados por los caseríos el nombre del comandante que los tiene bajo su mando, envían cartas, van a los campamentos protegidos por los bastones de la guardia indígena. La mayoría de las veces no pasa de ser un desgaste infructuoso.

No olvidan tampoco la vez que los llamaron a rendir cuentas. Citaron a varios gobernadores y líderes, indígenas y afros. Les señalaron el punto de encuentro; José Paz fue uno de los citados.

—Si no regresamos mañana —le dijo a su esposa—, es porque ya nos ha pasado algo. Y la consoló: —No voy a morir solo, vamos un poco.

Pero no pudo evitar que ella, y muchas mujeres del resguardo, se quedaran llorando.

Los armados dieron la gasolina para las canoas. Nadie los esperaba en el lugar acordado. Poco después apareció alguien con unas nuevas coordenadas.

—¡Huy!, le dijimos: eso es muy lejos… Nos respondieron: "Ustedes tenían que venir preparados, porque van al monte". Al rato llegaron unas lanchadas de uniformados con ametralladoras y pistolas. Y nos señalaron: "Bueno, por aquí pa' dentro".

Llegaron al campamento. Estaban todos los mandos presentes en ese momento en la zona.

—Señores, ustedes saben por qué los llamamos— fue la frase de bienvenida.

Se pasaron la palabra unos a otros. Afirmaron que conocían que en las comunidades había mucho sapo trabajando para el Estado. Y aclararon:

—Esos, a los que no les gusta que participen los niños y niñas en esta organización, esos que aconsejan que no ingresen.

Y fueron más específicos:

—Los niños se están volando de nuestro grupo. ¿Y qué han hecho ustedes? En vez de ayudarnos los protegen a ellos. Si hay un muchacho que desertó, queremos que nos lo entreguen.

—Entonces —sigue narrando José Paz— ellos tomaron una decisión y la comunicaron sin temor:

—Vamos a responder por los niños que lleguen, vamos a tenerlos en la comunidad. Es un deber, una responsabilidad de gobernadores y cabildos.

La charla sobre este tema con José Paz terminó con un interrogante:

—¿Cuando era niño le dieron ganas de ser guerrillero?

—No, a mí nunca. Yo pensé: si yo me voy con ellos yo estoy muerto. Esa guerra no es para mí. Le dije a mi papá: el que se va, va a perder su vida...

Es lo mismo que repite a sus hijos: irse con los armados da solo pérdidas: pierde la familia, pierde el que se va.

Tiene muy claro: los jóvenes sin posibilidades de estudio, ni trabajo, ni de vida digna, seguirán siendo engañandos con falsas promesas. En los tres caseríos del resguardo no hay agua potable, usan la que cae del cielo. El puesto de salud, "una casa bonita", está desde hace años abandonada; tienen una planta eléctrica que ilumina solo de cinco de la tarde a diez de la noche.

Deben ir a otro poblado, río abajo o río arriba, a terminar el bachillerato. Finalizan y no encuentran en qué ocuparse. La única opción es internarse en la selva para cortar madera grande y madera fina. Es un negocio que se mueve en toda la región a través de contratistas que trabajan para empresas que tienen sede en Buenaventura. Por ríos y quebradas se ven las balsas hechas de trozas de macharé, chanul y wina... Viajan hasta donde llegan los camiones para trasportarlas al centro del país.

Otra alternativa es la coca. Este cultivo tomó fuerza en Chocó desde 2005 cuando llegaron cocaleros expulsados por las fumigaciones de Putumayo y Nariño. José Paz la cultivó unos cuatro años; poco, apenas una hectárea. Se cansó. "Solo deja plata a quien la compra", afirma. "Nosotros quedábamos con las deudas de los insumos para frenar plagas".

Uno de los vacíos en la implementación de los acuerdos de paz es que nada se ha hecho para hacer realidad los proyectos de sustitución de cultivos pactados. El 2021 llegó acompañado de amenazas de nuevas fumigaciones con glifosato. En Chagpien Tordó saben lo que esto significa: las padecieron durante más de cinco años. La coca siguió, cada vez más selva adentro, pero aún no han podido recuperar del todo sus cultivos tradicionales.

Cuando piensa en un mejor vivir, este líder wounaan imagina cultivos de arroz "para vender a precio justo en Buenaventura"; en cultivos de palma de chonta o de chontaduro que en su tierra se dan sin abono. Todo esto podría ser realidad si el Gobierno cumpliera con el capítulo étnico de los acuerdos de paz. Ahí se plantea una serie de salvaguardas para proteger los derechos de los pueblos ancestrales. Lo más importante: garantizar su participación en el diseño de mecanismos que hagan realidad el posconflicto en cada uno de sus territorios.

El pensamiento de este líder va paralelo a lo que opinan los obispos. "No podemos seguir arrastrando una historia de olvido y de desprecio que alimenta la violencia y la muerte". Los prelados llamaron al Gobierno a cumplir todo lo pactado con las FARC-EP.

Escena ocho

Ocurrió un día de septiembre de 2018, seis meses después de la muerte de Patricia. El escenario: la cancha, en el albergue. Los desplazados estaban allí reunidos. Los convocó el gobernador de Chagpien Medio; acababa de regresar de un recorrido por el territorio. Delante de todos conminó a José Paz a regresar al resguardo, buscar a los armados y pedirles perdón. Hacía eco a una exigencia de la guerrilla. Él la trasmitía. Tenía que ir y desmentir todas las declaraciones que había hecho en debates, en la radio, en la prensa.

Lo acusaban de estar opinando más de la cuenta, siempre en contra de ellos.

—Querían que yo me hincara; mandaron al gobernador con esa razón—, me contó indignado. No le tembló la voz para responder:

—Señor gobernador: ellos deben meter en la cabeza esto: ellos son grupo, nosotros somos autoridad. Usted es una autoridad y en este momento es el mandadero.

Y le repitió, con voz fuerte, en la lengua de los wuanaan:

—¡Usted es la autoridad! Tenemos que mandar respetar nuestros derechos. Yo no me voy. Me tienen que buscar acá; me tienen que matar acá. Yo a pedir perdón no voy; no he hecho nada. Ellos son los que tienen que pedir perdón porque tanto daño me han hecho.

El gobernador pretendía que él ,y todos, retornaran en ese momento cuando no tenían ninguna garantía de seguridad. Entonces, José Paz lloró; lloró de rabia. Pensó: "Todo lo que he hecho ahora se me está como enredando". Y habló más, ahí, dando la cara a todos:

—Yo me voy a parar firme hasta lo último. Lo que está pasando con nuestros niños, niñas y jóvenes no es justo. ¿Ustedes han visto qué pasa a ellos cuando bombardean? ¿Qué pasa a los que salen del grupo y los fusilan? ¿Será que eso es justo? Yo no me voy.

En silencio, hombres y mujeres escucharon sus palabras. Algunos intervinieron.

—Si el compañero no va, nosotros tampoco vamos. Ellos tienen armas, nosotros no, y no podemos compartir con una persona que tiene armas.

Y se quedaron, no hubo retorno.

Mientras narraba este episodio José Paz golpeaba cada momento, con sus dedos, la mesa alrededor de la cual estábamos sentados. Seguí el movimiento de sus manos fuertes, musculosas; las líneas de las palmas negras, como pintadas con tierra. Él continuó su reflexión:

—Como líder, todo lo que he trabajado de pronto me va a cobrar la venganza. Es mi mayor miedo en este momento.

No ha sido la única vez que han intentado apagar su voz, quitarle valor a su palabra. Los dardos han venido de muchos lados. Algunos le han causado un profundo dolor.

Cuando esto ocurre no puede dormir. Se pregunta toda la noche: ¿qué he hecho? Desde que empezó a luchar por su comunidad, muchas veces, las preocupaciones le roban el sueño. Y al amanecer se pregunta: ¿qué pasa? Últimamente tiene una sola respuesta: la angustia del ¿qué me va a pasar mañana? lo ronda.

Hoy achaca estos episodios a la poca importancia que dan algunas autoridades indígenas a la capacitación. Él cree, que es indispensable para hacer respetar a los suyos, para saber cómo reaccionar frente a los que aparecen y los agreden.

Un buen dirigente, opina, es aquel que escucha la palabra del otro. No cree en aquellos que solo validan sus propios pensamientos: "Si los dejamos en ese camino crean dificultad en la comunidad".

Teme por su familia. Esposa e hijos se inquietan cada vez que oscurece y él no ha regresado a casa. Todos conocen desde pequeños la realidad de la guerra. A los hijos mayores la mamá los logró engañar un tiempo diciéndoles que eran cocuyos ese poco de lucecitas tronando en el cielo que los sacaba del sueño. Fueron creciendo y ya no creyeron en fantasías.

—Pero mamá, ¡no hay cocuyo! —, alegaban cuando escuchaban ¡pa! ¡pa! encima de la casa.

Entonces los padres tuvieron que explicar la realidad del mundo en que vivían. Los aleccionaron: no correr despavoridos cada vez que adivinaban la cercanía de las lanchas blindadas del Ejército, claro anuncio de balacera. No debían asustarse demasiado cuando en las mañanas, luego de un combate, los guerrilleros bajaban a preguntar al caserío: "¿Quién murió?", "¿Hay heridos?"

Los dos hijos mayores se volvieron hábiles levantando una tabla del piso de la casa elevada para saltar y refugiarse en los huecos que todos abrieron en la tierra para esperar ahí a que volviera la calma tras los combates más crudos.

Fue una estrategia inventada por un abuelo en medio de la desesperanza:

—Lo que vamos a hacer —aconsejó un día— es cavar tierra debajo de la casa; cuando vemos esos enfrentamientos, amontonamos esos muchachos allá abajo.

Hoy José Paz abriga un anhelo muy grande: que los armados los respeten, escuchen sus reclamos: "Ustedes son grupo, nosotros somos civiles. Nosotros tenemos nuestras leyes y ustedes también sus leyes. Nosotros no podemos compartir con ustedes. No queremos que estén en nuestro territorio. ¡Respeten!"

Actuar siempre unidos y con valentía como lo hicieron una vez cuando amenazaron con ajusticiar, frente a ellos, a un señalado de ser sapo.

— ¡No lo fusilen! Digan qué está pasando, qué está haciendo, porque no sabemos.

Los guerrilleros insistían mientras el acusado, ya sin alientos, no se atrevía a decir nada:

—Este señor trabaja con el Estado.

—Dígannos qué es lo que está haciendo— respondió a coro la comunidad—. Si hizo algo malo, vamos a corregirlo, a castigarlo. Es un compromiso que vamos a asumir.

Y salvaron su vida. José Paz, que tiene una memoria prodigiosa para recordar lugares y fechas, sabe que ocurrió hace un tiempo, en 2014.

Sueña con una comunidad fuerte, como la paruma, la falda tradicional que usan las mujeres y es símbolo del pueblo wounaan. Está hecha de telas y colores fuertes; se necesita que pase mucho tiempo para que empiecen a perder su resistencia, su colorido. Así, poderosa como la paruma, quiere ver a su comunidad.

COALICO

Conformada por:

Proyecto:

Apoyado por:

@COALICO

@coalicocolombia

@COALICO

@COALICO